

## LA PREGUNTA DEL MILLÓN

**¿Cree que Font tendría que haber dimitido como diputado tras dejar la portavocía?**

JUAN PLANAS BENNÁSAR

**Cinismo y extravío**

**SÍ** La verdad es que nunca me he sentido cómodo entre las arriesgadas revueltas éticas –ese funambulismo que se pretende de altura o de cátedra, pero que acontece a ras de suelo, o aún más abajo, en las cloacas del raciocinio– que siempre se acaban revelando cuando intentamos discernir, con solemne y calculada afectación, entre todo aquello cuanto hacemos, decimos hacer o, tan sólo, decimos. Coinciden en ese lugar, tan escurridizo como incierto, infinitas contradicciones y trampas retóricas, no pocos estragos lógicos y sinsentidos, un aire siniestro y pueril a prevaricación intelectual, a descarga de responsabilidades, a vanidad, evasión asistida, fuga, ardid, artificio, a recurrente afán de supervivencia. A miseria. A nada.

Con todo, no podemos obviar la íntima exigencia –higiénica, aunque cruel– de encarar la realidad como si fuera un espejo. Algo paradójicamente profundo y, a la vez, impenetrable, unidimensional, gélido, quizá vacío. Un lugar resplandeciente, y acaso definitivo, donde nos encontramos a nosotros mismos; a veces, recién alzados, casi vírgenes o quizá renacidos, pero siempre con las ojeras taciturnas del sueño y los deseos vencidos –o de su pesadilla– y el pelo revuelto; a veces, agotados y con el tatuaje indeleble de la edad en el rostro, el peso arrugado del silencio en las comisuras de los labios, la noche áspera de los tiempos en el brillo enigmático, y turbio, de la mirada. O algo así. Las imágenes tétricas no dependen tan sólo de lo que las palabras

muestran, sino de lo que cada uno pueda ver en ellas. Quiera. O no quiera.

Es por ello, que hablar de un profesional de la política y un asiduo de las imputaciones –que, según la Viquipèdia, tiene el bachiller y, seguro, que también el nivel C de catalán– como **Jaume Font**, resulta un ejercicio impagable de extravío y cinismo, un pretexto perfecto para ponerse el mundo y el lenguaje –con sus matices, metáforas y elipsis– por montera y acabar delirando hasta triturar todas las reglas gramaticales y mezclar asertos con acertijos, dimisiones totales con dimisiones a la carta, futuros imperfectos con el acabose último de quien se aferra a cualquier silogismo para continuar, al menos hasta mayo, cobrando de unos u otros, pero cobrando. Después, quién sabe. Quizá **Melià** o algún otro saldo nacionalista. No importa, porque siempre le quedará la apuesta segura de la OCB. Qué menos.

tiende demasiado y lo que ocurre es que está buscando argumentos para justificar una pataleta.

Haciendo caso omiso de las formas con que se han tomado las decisiones de excluir a imputados, el fondo de la cuestión no tiene vuelta de hoja. Si quien puede lo más puede lo menos, quien puso a Font en las listas bien puede ahora, aunque sea dentro de un paquete mayor, excluirlo. Y de la misma forma que aquel aceptó gustoso formar parte de ellas, acatar disciplinadamente verse fuera. Son las reglas del juego. Ahora bien, que pueda resultar desimputado –lo cual esta por ver– no debe conllevar que ahora dimita, tras haberlo hecho de portavoz, de todos sus cargos institucionales si el partido que lo puso allí no le reclama, como podría, su renuncia. Font no debería, no debe, por tanto dimitir. Pero tampoco apelar, para hacerlo a medias, a una dignidad que tiene difícil justificación.

## PUPUT I ANGELOTS

**Una noticia**

JOAN PLA

LEO EN UN diario local la noticia de que el colega **Antonio Alemany Dezcallar** va a declarar, a petición propia, ante el juez **Castro**. Ese mismo diario, en su edición digital y bajo el epígrafe de «Noticias relacionadas», nos larga unos 250 artículos enteros con fecha de publicación y firma de sus autores en los que se habla de **Jaume Matas** y de sus presuntos aliados. En ninguno de dichos artículos se deja de criticar, con mayor o menor solvencia, a los imputados del PP, principalmente, por lo del Palma-Arena. Creo que este caso es digno del Guinness, porque en toda la prensa digital que llevo leída en estos últimos doce años, nunca vi que una simple noticia de Tribunales necesitase, para ser corroborada, más de 250 trabajos entre editoriales, noticias, opiniones y rípios de humor. Leí unos cuantos, hasta que me harté de leer la misma letra con diversas músicas. Tal vez, la noticia no sea que Antonio Alemany declara ante un juez, sino que conoce la verdadera historia de quienes le atacan y que les conviene lanzar 250 botes de humo. ¿Cuánto cuesta tamaño publicidad?

JAVIER GONZÁLEZ

**El monte y el orégano**

**NO** Si en nuestro sistema electoral las listas fueran abiertas otro gallo nos cantara. Tendría el votante posibilidad de elegir nombres sin necesidad de tener que tragarse una lista entera, el votado conocería cuál es el aprecio que merece del ciudadano y los partidos sabrían a qué atenerse. No todo el monte sería orégano. De esta forma evitarían que en las listas figuraran algunos o algunas cuyos méritos no pasan de haber pegado sellos en el partido con un currículum que cabe en una hoja de papel de fumar. El resultado sería poder dejar de votar, como en ocasiones, con una pinza en la nariz y saldrían unas listas mucho más presentables. Porque el votante, que no es tonto, se cuidaría muy mucho a la hora de elegir

tanto como los partidos en poner a según quien. Pero se oponen a esta fórmula, como **María Goretti**, unos partidos cuyo funcionamiento es, paradójicamente, lo menos democrático del sistema.

Nos encontramos ahora ante un bonito embrollo en el que un diputado y conseller –**Jaume Font**– al verse excluido de las futuras listas electorales, debido a la decisión del líder del partido de no incluir en ellas a imputados, se ha cogido un rebote y dimitido como portavoz de su grupo en el Consell, aunque, observen la rara astucia, manteniéndose en sus escaños de la institución insular y el Parlament. Una decisión que ha justificado apelando a su dignidad. Y hete aquí que el asunto no se acaba de entender o es que quizás se en-

TRIBUNA / RAFAEL GIL MENDOZA

**Ya se ha dicho todo**

YA SE HA dicho todo. Ya no quedan palabras. Ya casi no quedan fuerzas para expresar la vergüenza que a las gentes decentes les produce tanta indignidad, tanta miseria moral, tanta falta de principios, tanta irresponsabilidad por parte de quienes no se limitan a comprometer su propia persona sino a aquellas instituciones que representan y en las que en un Estado democrático todo el mundo tiene derecho a confiar.

Resulta lamentable, triste e inaguantable ver cómo gentes que han quemado sus cejas juveniles estudiando acaban vendiendo su éxito legítimo a la política, a los políticos, a la ideología, al dinero o a la bajeza.

¿A qué viene todo esto? Ustedes lo saben: en nuestra sociedad nos ahoga la corrupción, una corrupción que acabará con la democra-

cia, con el respeto institucional, con la confianza y con la esperanza. La falta de conciencia ética de amplios sectores de la ciudadanía impide, incluso a los más dotados, a aquellos a quienes se ha atribuido la responsabilidad de la gestión, a aquellos a quienes se ha asignado la defensa de la Justicia, de la equidad y del respeto público el digno ejercicio de sus funciones.

La comisión, el «convolut», la malversación, el abuso a costa de los dineros públicos se han generalizado y ya resulta casi aburrido que las primeras páginas de algunos periódicos denuncien cada día escándalos políticos y empresariales sin que la Justicia reaccione salvo si se trata de gentes afines a partidos políticos ajenos al poder, al gobierno de turno. Las persecuciones políticas, los silencios y omisiones, los pactos acu-

satorios, las compras de voluntades, las actuaciones de algunos fiscales y jueces llenan de vergüenza ajena a quienes hemos pensado que la base de un Estado democrático está en la Justicia y en los servidores del Derecho.

Cuando ante cualquier asunto se pregunta ¿Quién es el juez? O se piensa que la actuación de la justicia es parcial, sectaria y política es que esos servidores de la Ley forman parte de la misma corrupción que teóricamente persiguen a veces con saña incomprendible.

Si después de la carta del Director de este periódico del pasado domingo nadie dice nada, pasamos y dejamos que las cosas sigan yendo así, en silencio, es que la pocilga en la que vivimos es el habitáculo que merecemos.

Nuestros políticos, nuestros ju-

ristas, nuestros jueces, nuestros fiscales, nuestros empresarios, nuestros sindicalistas, nuestros profesionales, nuestros maestros, nuestros periodistas, nuestros artistas, todos, salimos del pueblo que juntos formamos.

¿Son estos personajes que protagonizan los medios quienes consideramos que marcan las señas de identidad de nuestra sociedad? ¿Estamos colectivamente satisfechos de las gentes que protagonizan públicamente nuestra vida cotidiana? ¿Creemos que la imagen que proyecta nuestra comunidad es la que conjuntamente nos merecemos? ¿No? Entonces ¿Por qué lo consentimos, por qué lo aceptamos cansina, cobardemente? ¿Por miedo, por indiferencia o simplemente por complicidad?

Rafael Gil Mendoza es notario.